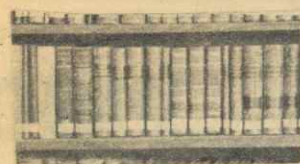


24 JUN. 1971

MIRADOR LITERARIO

crónica semanal de las letras



MARINO GÓMEZ SANTOS ANTE SU LIBRO «VIDA DE GREGORIO MARAÑÓN»

Por Julio TRENAS

EN la obra de un escritor los libros no nacen por generación espontánea. Constituyen el producto de vivencias, de choques emotivos, la revelación de un poso cultural y humano tanto como el despliegue de una personal inquietud. Si el escritor posee la doble cualidad del periodista—y éste es el caso de Marino Gómez Santos—puede obedecer al deseo de fijar, con mayor extensión interpretativa y más sólido aparato documental, el hallazgo humano encontrado en la actualidad cultural o científica del país. Esto le ha ocurrido muchas veces a Marino. Sus títulos publicados dan buena prueba de ello. Si el periodista le brindó la pro-

«AUNQUE LA RELACION SE HABÍA INICIADO DE UN MODO EPISTOLAR, CONOCI A DON GREGORIO EN EL MES DE MAYO DE 1952»

«Vine ex profeso desde Oviedo para entregarle mi libro sobre «Clarín», al que había puesto un admirable prólogo»

ximidad del hombre, o la mujer, importantes, el reposado volumen explayaría interpretaciones colectando, en abarcadas rúbricas, personalidades representativas de la actividad nacional. Ahí están, para aseverarlo, entre tantos, sus volúmenes «12 escritores españoles», «Españoles en órbita», «Mujeres solas» y un libro emotivo y bello, testimonio de la sensibilidad y el amor a su patria de una egregia mujer de nuestra Historia: «La Reina Victoria, de cerca», auténtica biografía dialogada con la soberana.

El talento de Marino Gómez Santos se proyectó asimismo sobre figuras del ayer literario vigentes hoy por la profundidad de su impacto: así las de «Clarín» y Larra. En otros muchos casos, la amistad ha sido para el escritor como la primera piedra

de la biografía futura. Recordaré lo que le ocurrió con Baroja. Sus tardes de conversación en la casa de ladrillo rojo de la calle de Ruiz de Alarcón, donde vivió el humanísimo don Pío, produjeron el libro «Baroja y su máscara», que posiblemente constituyera la revelación de Marino como lo que podríamos llamar «biógrafo inmediato». Por entonces lo entrevisté—hará de ello quince años—en un piso de la plaza de Benavente, donde vivía de pensión. Fue un diálogo chisporroteante. Marino ebullició como el agua de una marmita al fuego. Después nos asomamos, derramando la mirada sobre el atardecer en la calle de Carretas, a un balcón de hierros paralelos, cual reja de casa antigua, para seguir hablando de periodismo y de tertulias.

Pocos repararían en la dedicatoria fijada por Marino en su libro barojiano. Y, sin embargo, allí estaba larvado, de modo premonitorio, el gran libro que acaba de darnos. Decían aquellas líneas:

«Al escritor Gregorio Marañón que una tarde tomó el té en una antigua taza inglesa en casa del doctor Pío Baroja, en Vera del Bidasoa.»

Por aquellos días, Marino vivía el magnetismo de su conocimiento personal de don Gregorio. ¿Pensaría que andando el tiempo iba a producir un libro tan importante, directo y revelador como el que con el título «Vida de Gregorio Marañón», acaba de publicarle Taurus Ediciones?

Lo cierto es que la obra está aquí, con plenitud reveladora. Cerca de 550 páginas encerrando la humanidad, la ciencia, la calidad literaria del español eminente. Gómez Santos ha sido exigente consigo mismo hasta la fatiga. Acumuló una documentación inédita, de primera mano, para apoyar sus apreciaciones de observador y amigo del doctor insigne. Lo que Marañón le dijo en tantas ocasiones, pero también lo que Marañón habló, escribió, investigó e hizo a lo largo de su vida. Maneja asimismo un verdadero tesoro epistolar. La visión literaria de Marañón que Marino nos ofrece está llena de hallazgos expresivos. El suyo es un libro escrito con pasión y conocimiento.

Otra vez, como hace quince años, he buscado al escritor para que me hable de su obra. Ahora lo encuentro en su casa, rodeado de libros y obras de arte. Sobre la mesa de su despacho, permanentemente, tiene una gran fotografía del doctor Marañón, encerrada en fino marco de plata, con dedicatoria cariñosa y valorativa.

¿Cuándo lo conoció? Le pregunto si este primer acercamiento tuvo carácter profesional o fortuito. El escritor responde:

—Aunque la relación se había iniciado de un modo epistolar, conocí personalmente al doctor Marañón en el mes de mayo de 1952. Me trasladé ex profeso desde Oviedo a Madrid para hacerle entrega de un ejemplar, encuadernado, de mi primer libro, que versaba sobre «Clarín» y que iba respaldado por un extenso y admirable prólogo de don Gregorio. En aquel momento terminaba su consulta del hospital y me invité a acompañarle hasta su casa. En el largo trayecto desde Atocha al paseo de la Castellana, me sometió a un interrogatorio cordialísimo, en el que se interesaba por mis proyectos y posibilidades inmediatas. Este encuentro personal con el doctor Marañón fue para mí fundamental.

—Esta figura ha sido tratada por ti anteriormente en el periódico y en el libro, ¿hasta qué punto aquel material te ha sido útil para tu obra actual?

—Lector entusiasta de la obra histórica y literaria del doctor Marañón, considero ahora que era yo demasiado joven entonces para poder interpretar algunas par-

«RESULTARIA IMPOSIBLE AISLAR CADA UNA DE LAS FACETAS DE LA PERSONALIDAD «POLIEDRICA»—COMO HA DICHO CERTERAMENTE FERNÁNDEZ DE LA MORA—DEL DOCTOR MARAÑÓN»

«El viaje a Las Hurdes con Don Alfonso XIII, contado día por día por primera vez

TAMBIEN POR VEZ PRIMERA SE UTILIZARON PARA ESTA OBRA LOS EPISTOLARIOS DEL GRAN CIENTIFICO Y ESCRITOR

tes no sólo de esta obra, sino de su interesante vida. No obstante, en 1958, el doctor Marañón me concedió el privilegio de unas conversaciones periodísticas que se publicaron en aquella sección titulada: «Pequeña historia de grandes personajes», que yo escribía para «Pueblo». Fue la primera vez que don Gregorio afrontaba públicamente lo que en cierta manera podía considerarse como el relato crítico de su vida. Tres años después, como homenaje póstumo, la empresa de «Tribuna Médica» hizo una copiosa edición, que regaló a todos los médicos españoles; pero al corregir las pruebas, sólo con tres años de perspectivas, me di cuenta de que se trataba de un trabajo muy esquemático. Y comencé a trabajar para completarlo.

—De las tres facetas, el científico, el hombre, el escritor, ¿cuál consideras la más cautivante de don Gregorio?

—Resultaría imposible aislar cada una de las facetas que forman la personalidad «poliédrica»—como ha dicho certeramente Fernández de la Mora—del doctor Marañón. Como persona, irradiaba una humanidad verdaderamente cautivadora. En mis viajes por España y fuera de España he podido ver su fotografía en el consultorio modestísimo del médico rural, así como en la biblioteca de los más destacados personajes de categoría internacional a quienes he visitado profesionalmente. Esta presencia de Marañón en el recuerdo está generalizada en gran parte de los españoles de su tiempo. Se vio muy claramente aquella tarde lluviosa del mes de marzo en que el pueblo de Madrid se congregó para acompañar sus restos mortales hasta la Sacramental de San Justo.

Indago ahora sobre las antecedentes biográficas encontradas por Marino al preparar su obra.

—Cuando comencé a trabajar en este libro—me dice—no se había publicado más que la biografía de Almodóvar y Warleta y el estudio de Pedro de Lorenzo; posteriormente se publicaron varios libros, todos ellos interesantes en muchos aspectos. Pero mi empeño era tratar la figura del doctor Marañón dentro de su ambiente histórico y para ello hube de organizar un trabajo de investigación de primera mano, en archivos, hemerotecas y bibliotecas. Fueron muy importantes para el desarrollo de este libro las conversaciones con la familia del doctor Marañón, con sus amigos íntimos

y con algunos de sus colaboradores, todo lo cual consideré como un testimonio de inestimable valor.

Quiero ver ahora el tono emocional que el escritor puso en su libro. ¿Cómo calificar esta biografía?: de objetiva, de analítica, de apasionada... La respuesta de Marino es clara:

—Se ha dicho que el novelista no debe decir expresamente cómo es un personaje, sino que el lector ha de deducirlo por la manera en que ese personaje se manifiesta. En este libro he reunido, creo yo, información suficiente como para que el lector pueda sacar su consecuencia. En muchos casos, he utilizado los propios textos del doctor Marañón. Porque si él explicaba un hecho del que había sido protagonista, ¿qué mayor testimonio podría utilizar el biógrafo?

Ahora, en una sola, proyecto una baraja de interrogaciones sobre el escritor:

—¿Quieres hablarme del desarrollo de tu trabajo biográfico? ¿Qué tiempo te llevó la preparación del material, cuánto la elaboración y, finalmente, qué sistema seguiste en la redacción del libro?

—Mi concepto sobre la preparación del libro no pude ponerlo en práctica. Quiero decir que lo idóneo hubiese sido prepararlo en equipo, con un grupo de colaboradores científicos, historiadores, especialistas en bibliografía, políticos y críticos de arte. Poniendo los ojos en las alturas, diré que en una ocasión me refirió André Maurois que para escribir la biografía de Fleming había puesto como condición indispensable, además de la entrega de los papeles de Sir Alexander, que un científico muy identificado con su obra, redactase un informe amplio sobre la trayectoria seguida por Fleming como investigador. Para esclarecer personalmente algunos aspectos de la obra de Marañón hube de estudiar como quien prepara unas oposiciones. Gracias a la generosidad de los doctores Hernando y Pozuelo pude salir adelante en dudas de carácter científico. El sistema que empleé en la preparación del libro fue seguir el consejo de Stendhal: «Un espejo a lo largo del camino». Es decir, que me puse a caminar sin despegarme de la trayectoria vital del doctor Marañón, como un lazarrillo, procurando que no se me escapase nada de lo que ocurriese en torno.

Otra curiosidad me asalta y la expongo al escritor: se habla de un Marañón archiocupado, carente de minutos, con una capacidad de acción y una exigencia de trabajo superadora del tiempo vital de que dispuso; ¿permitió esto la exigencia de un Marañón diríamos familiar e íntimo? Gómez Santos me dice:

—Una gran parte de la obra de Marañón se realizó con el estímulo moral y con la ayuda práctica de su mujer, doña Lola Moya, que fue, durante medio siglo, la secretaria ideal del gran médico y del intelectual Gregorio Marañón. En la tarea ingente que don Gregorio llevó a cabo durante su vida, colaboraron también todos sus hijos de manera ejemplar.

—Si comparas—pregunto ahora—esta biografía tuya con la que hace años escribiste de Baroja, ¿qué diferencias señalarías en cuanto tratamiento, acercamiento al personaje o estructuración del libro?

—No es bueno comparar, pero resuelto a responder, mi libro sobre Baroja—que escribí con verdadero cariño—tenía la pretensión de recoger mis conversaciones con don Pío. Fue una lástima el no haberle conocido más joven y que yo no hubiese tenido tan pocos años. Me imagino la maravilla de haber podido conversar con Baroja en la época en que escribió la trilogía de «La lucha por la vida». Del mismo modo que ahora he reestructurado este

libro sobre Marañón, pienso que algún día podré hacerlo con ese otro de Baroja.

—¿Dónde crees que puede interesar más tu «Vida de Gregorio Marañón», aunque la figura de Marañón sea universal, en Europa o en América?

—Marañón que, como ha dicho Laín Entralgo, fue desde muy joven «figura nacional» y que continúa siéndolo, tiene en Hispanoamérica gran número de devotos, en su mayoría médicos eminentes, profesores que rigen los destinos de la endocrinología, porque pasaron por su cátedra y porque bajo su dirección hicieron su tesis doctoral. He conocido a un gran número de ellos; cuando han venido a Madrid, reclamados como grandes figuras, para intervenir en cursos, en Congresos, o en otras reuniones científicas. Pero es que además, el doctor Marañón, a su paso por Hispanoamérica como conferenciante, dejó una semilla fecunda en lo más profundo del espíritu del pueblo hispanoamericano, que ha germinado en admiración que se acrecienta con el paso del tiempo.

—Tengo entendido que para tu obra has utilizado, por primera vez, los epistolarios de Marañón. ¿En qué forma?

—Efectivamente, la familia del doctor Marañón ha puesto en mis manos, generosamente, los epistolarios que no habían sido utilizados hasta ahora por otros estudiosos de la figura y de la obra de don Gregorio. Hay que puntualizar que, salvo en el caso de la relación Marañón-Unamuno (que he utilizado las que escribió Marañón a don Miguel) todas las demás son las cartas recibidas por don Gregorio y cuyos autores son, principalmente, Pérez de Ayala, Ortega, Sánchez Albornoz, Madañaga, etc. Pero en ningún caso se utilizan como exhibición documental, sino que se espigan párrafos con un fin testimonial.

La conversación es larga, pero cargada de sugestión. No quiero cansar a Marino; no obstante, fuerzo su cordialidad pidiéndole que me fije los aspectos inéditos que sobre la figura de Marañón ofrece su libro. Accede a destacarlos:

—Sobre materiales directos que yo tenía, obtenidos de conversaciones con don Gregorio, me propuse un replanteamiento del tema hasta donde me fuese posible y así estudié con documentos, desde sus apellidos, su partida de nacimiento, sus notas de clase tomadas directamente de las fichas que habían hecho sus catedráticos, hasta el expediente académico, totalmente desconocido. Como profesor, desarrolló el doctor Marañón una labor ingente que se evidencia en centenares de trabajos, muchos desconocidos. En la cátedra, en su actividad política, en su labor periodística, hay muchas intervenciones públicas de gran interés, hasta ahora desconocidas. Por primera vez se cuenta, día a día, el viaje a Las Hurdes, con el Rey don Alfonso XIII. No se había contado tampoco cómo fueron sus últimos años y sus últimos días. No ha sido una cuestión de archivos solamente, sino, y de una manera muy principal, la colaboración humana, la que ha prestado las mejores aportaciones a este libro. Quiero destacar el nombre de su hijo, Gregorio Marañón Moya.

En torno a la figura ingente del doctor Marañón podríamos conversar horas y horas. No me parece justo este robo de tiempo al escritor y me despido de Marino Gómez Santos. Bien puede felicitarse de haber dibujado verazmente en su libro «Vida de Gregorio Marañón», la silueta de un gran hombre, gloria de la Ciencia universal y orgullo de los españoles.

Julio TRENAS

